

SABATINAS INTEMPESTIVAS. GREGORIO MORÁN

La cruenta guerra de la información (y III)

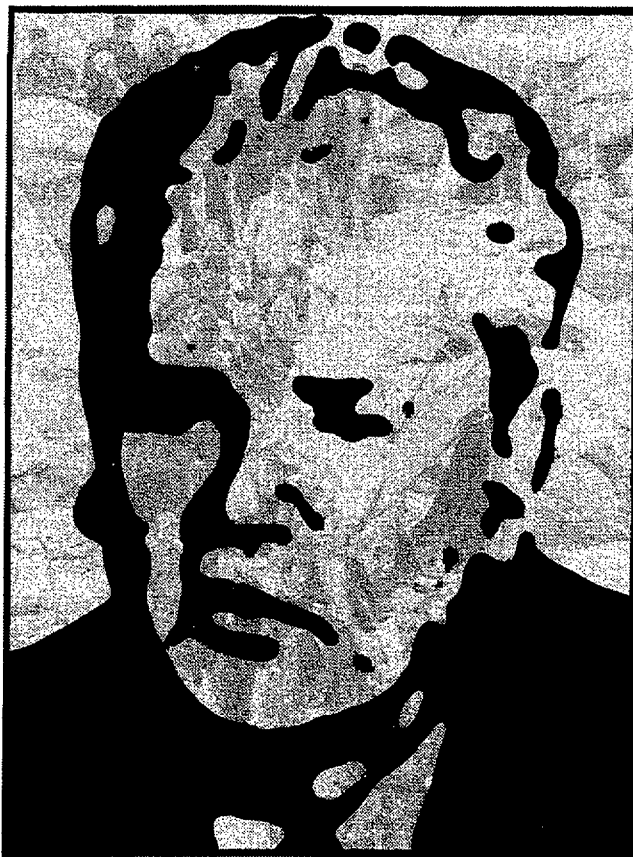
Sarcasmos aparte. Cuando el primer domingo de abril leí un artículo de Gabriel García Márquez titulado "Dos destinos cruzados", glosador de los encantos intelectuales de Javier Solana y del general Clark, me dije, preparémonos porque en esta guerra que se inicia vamos a saber lo que vale un peine. Y así fue. Estaba cantado. Cuando un colombiano pone letra a un ritmo de ballenato, desabróchese la corbata y disfrute. Pero "Dos destinos" es título de bolero, y donde hay bolero hay drama. Existe gente con el olfato fino para detectar por dónde va la historia y quién va a ganar. Pero no esta batalla o la otra, sino en el conjunto de la vida. No son adivinos, que es oficio vulgar al alcance de cualquier escritor avezado. Son zahoríes. Encuentran lo oculto y siempre en forma de agua para saciarse o metal para satisfacerse.

Desde que el zahorí García Márquez señaló el agua y el oro, la cosa se puso analíticamente mal. Apenas alguien osaba manifestar su asintonía con el discurso oficial de los zahoríes, caña al mono. Con una violencia superior aún a la de la guerra del Golfo. Aún recuerdo entonces la sonrisa irónica del colega Alberto Míguez. "O sea que pacifista, eh.". Y añadía una sonrisa irónica. "Je, je, je". Pero son ya tantos años de amistad y divergencias que no pasa nada. Esta vez no fue así. Ahora no eran los veteranos atlantistas los que habían sido objeto de tantas y tantas burlas y sarcasmos nuestros y hasta calumnias. Siempre sentiré hacia ellos el respeto de una coherencia e incluso de una clarividencia en asuntos que algunos no tuvimos.

Ahora eran los nuestros, compañeros de las vías más dogmáticas del Partido Comunista o del PSUC, convertidos de pronto en furibundos partidarios de la guerra contra Serbia. Sin paliativos. Esto ya de por sí era significativo, pero además salía el furor de conversos, ése que se traduce en no admitir ni el rescusado de una duda y menos aún de una objeción. Recuerdo el efecto que me hizo leer en "El País" un texto demoledor para cualquier periodista que se precie de comprobar una vez más aquella aseveración, que por sí sola hizo famoso al historiador Philip Knightley: la primera víctima de una guerra es la verdad. El artículo lo firmaba Robert Fisk, uno de esos tipos que no hacen reportajes "de guerras" desde el modem de San Cugat o Torreledones, y cuyas crónicas sobre la del Golfo bastarían para acreditarle. Se titulaba "La discutible labor de los periodistas en Kosovo" y terminaba con una historia, de las que hay que tener las ternillas bien prietas para poder escribirlo sin que tu futuro profesional no se acelere con una jubilación anticipada. No me resisto a repetirlo:

"Dos días antes de que la OTAN bombardease la sede de la televisión serbia en Belgrado, la CNN recibió el soplo, desde su cuartel

general de Atlanta, de que iban a destruir el edificio. Les dijeron que sacaran sus equipos de los locales inmediatamente, y así lo hicieron. Al día siguiente, el ministro serbio de información, Aleksander Vucic, recibió por fax una invitación desde Estados Unidos para aparecer en el programa de Larry King (en la CNN). Querían que estuviese en directo a las 2.30 de la madrugada del 23 de abril y le pidieron que llegara a la televisión serbia media hora antes con el fin de maquillarse. Vucic se retrasó; por suerte para él, ya que los misiles de la alianza cayeron sobre el edificio a las 2.06. El primero estalló en sala de maqui-



MESEGUER

llaje, donde el joven ayudante serbio murió abrasado. CNN asegura que fue una coincidencia..."

Era un artículo vitriólico sobre la benevolencia de los periodistas hacia la campaña que acaudillaban los "dos destinos cruzados", la presión y manipulación de los medios de comunicación. Orientada con mano maestra, ahí es nada, por Jamie Shea, el chico de Oxford con acento "cockney". ¡Si no sabría él de cómo manejar a la nueva inteligencia, los informadores y analistas, si su tesis doctoral fue sobre "Los intelectuales europeos durante la Gran Guerra 1914-1918"! Nada que reprochar, les pagan por eso, en la misma medida que a nosotros nos pagan, mientras no conste lo contrario, por otra cosa. En aquella primera gran guerra a algunos intelectuales beligerantes, concretamente españoles, les dio el bando aliado incluso graduación militar honorífica. Como lo hagan esta vez va a arder Troya dado el alto nivel de

competitividad. Pero entonces España era neutral y esta vez es beligerante, y eso, aunque nadie nos haya pedido opinión, algunos lo hacen, creo, por patriotismo.

Asumió la defensa universal del gremio periodístico con sede en la OTAN, el español Xavier Vidal-Folch en uno de esos artículos que dejan huella, como mínimo en el currículum de un profesional. Siguiendo la tradición hispánica de la escolástica, tan arraigada en nuestros ancestros intelectuales, negó la mayor y por tanto, cuando uno va a denunciar al enemigo, no necesita demostrar que se equivoca o que miente. Sencillamente le basta con decir que es un apologista de los torturadores. Lo cual, sin ánimo de humillar a nadie, dicho por un periodista español de la clase de tropa, cuyos únicos galones profesionales le fueron conferidos por lo que en términos castrenses se denomina "corrimiento de escala", me parece de una petulancia cómica. Me evocó una antigualla, la ocasión aquella en que el ínclito teórico del Derecho Político español, Javier Conde, conocido por sus alumnos y sus traducciones de Carl Schmitt y otras cosas que no vienen al caso, publicó si mal no recuerdo al filo de los 50, su "Carta abierta a Jean-Paul Sartre". En ella, un hispano ponía de chupa de dómine al director de la revista "Les Temps Modernes", exigiéndole una probidad intelectual tan acrisolada como la suya. A veces pienso, si eso que suele decir José María Aznar de que España va bien, quizá sea verdad y a más de uno se le ha subido la historia a la cabeza.

Sorprende no obstante cómo la polémica sobre la guerra de la OTAN en Serbia no ha cruzado en España los ámbitos del gremio periodístico, sin rozar apenas a los intelectuales. Fuera de un valiente artículo de Herrero de Miñón y las tomas de posición inequívocas de Manolo Vázquez Montalbán, poco más. No entro en consideración sobre las aportaciones de Julio Anguita y Paco Fernández Buey, porque cada vez que lo intento me pierdo; ambos, junto a Francisco Frutos, forman otro misterio de la Santísima Trinidad, dicho sea sin ánimo de ofender a los creyentes, en el que lo único interesante fuera saber quién es el padre, quién el hijo y quién el espíritu santo. La última secta por la que tuve interés intelectual eran los cátaros; desde entonces me juré que ni una más.

Sigo sin tener claras varias cuestiones de las que han sobrelado esta guerra tan aérea y singular. Pero no me cabe ninguna duda de las certezas. La primera es que Slobodan Milosevic ha llevado a Serbia a un callejón de difícil salida, lo que unido a su política criminal respecto a las minorías, obliga a que la primera tarea de cualquier demócrata serbio, y no serbio, sea la de derribarle y juzgarle. Compararle con Hitler es una frivolidad permisible para quien vive de crear efectos para consumo de bobos. Si Milosevic fuera Hitler,

Serbia sería la Alemania de los años treinta, y entonces lo primero que habría que decir es que muchos de los periodistas adscritos a la sede de la OTAN en Bruselas no adoptarían esa posición de cronistas coloniales cuando hablan del problema balcánico. ¡Qué más quisiera Milosevic que ser Hitler, o más exactamente de tener el poder de Hitler! A menudo olvidamos que la alianza antihitleriana no se fraguó por la persecución de los judíos, ni por la represión de toda manifestación de libertad, ni por ser el estado racista por excelencia, opresor y luego exterminador de minorías. Lo fue porque invadió Polonia. No se olviden. De nuevo el sagrado compromiso geoestratégico.

No sería quien soy si ocultara una de las convicciones profundas que me ha ratificado esta guerra. Y me da hasta un poco de reparo escribirlo, porque a tenor de lo que leo y escu-

SORPRENDE CÓMO

la polémica sobre la guerra

no ha cruzado en España

los ámbitos del

gremio periodístico

cho puede parecer una provocación. Creo conocer algo la historia y la persona de Javier Solana desde aquellos años del franquismo en que era candidato de la oposición en la Facultad de Físicas de Madrid, frente al candidato oficial del Opus Dei, Miguel Ángel Aguilar, hoy periodista. Pero no acabo de entender que sea posible pasar de Secretario General de la OTAN a Ministro de Asuntos Exteriores de la Europa Unida, cuando en principio se trata de entidades diferentes, incluso potencial y geopolíticamente incompatibles. ¡Si no creen ustedes que resulta contradictorio por razones políticas, que yo sí lo creo, admitan al menos que sea por estética! ¿Que hay que defenderle porque es español? Entonces, aclárennos. ¿No habíamos quedado en que no éramos nacionalistas?

He dejado para el final un curioso artículo reciente del novelista Eduardo Mendoza sobre "la guerra y los intelectuales", que termina así: "Al intelectual le corresponde la función de sembrar la duda, de dar testimonio de la diversidad, de dar ejemplo, con sus perplejidades, de lo inútil y pernicioso de tener las ideas demasiado claras". Esta concepción ha consentido que notables periodistas británicos se hayan distanciado de su gobierno. Porque en las guerras los corresponsales se convierten en intelectuales colectivos; en bien o en detrimento de la sociedad, voluntaria o involuntariamente. Esa esa es su grandeza y su riesgo.●

La próxima "Sabatina Intempestiva" aparecerá el primer sábado de septiembre

Cataluña: ¿una autonomía simbólica?

XAVIER VIVES

El debate político en Cataluña parece centrarse en cuestiones simbólicas que, aunque importantes, pueden distraer la atención sobre problemas estructurales que condicionan el desarrollo a largo plazo del país. En efecto, la reciente resolución del Parlament sobre las selecciones catalanas y las idas y venidas sobre el decreto del cine en catalán ocupan la actualidad. Antes fue la noticia del despliegue de los Mossos d'Esquadra en la provincia de Girona en sustitución de la Guardia Civil de Tráfico. Todos estos temas tienen una fuerte carga simbólica y emocional. Imaginémosnos que se consigue tener selecciones catala-

XAVIER VIVES, director del Instituto de Análisis Económico del CSIC

CATALUÑA TIENE
los símbolos, pero
no los instrumentos
para ejercer
la autonomía

nas, policía propia en todos los ámbitos y películas en catalán. Es posible que nuestra autoestima y la percepción de soberanía aumente. Sin embargo, ¿habrá aumentado al mismo tiempo nuestra capacidad real de autogobierno? Me temo que no, o no mucho. No hace falta ser economista para darse cuenta de que si el dinero que cuesta reemplazar a la Guardia Civil de Tráfico se dedica-

se a fomentar el sistema científico y la investigación y desarrollo (I+D) en Cataluña se daría un impulso fundamental a un sector que es crucial en el crecimiento a largo plazo de la economía catalana.

No es descabellado pensar en una situación en que Cataluña tiene los símbolos, pero no los instrumentos para ejercer la autonomía. En el mundo globalizado de hoy una región necesita estar en la frontera del desarrollo tecnológico, tener un capital humano de primera línea y unas infraestructuras adecuadas para estar en el mapa internacional. La expansión de la Unión Europea a los países del Este de Europa, con costes laborales más bajos, planteará el imperativo de competir en calidad, con alto contenido tecnológico, en el mercado. En el capítulo del I+D tenemos un déficit importante.

EL CAPITAL
humano acumulado
rendirá su potencial si
se apuesta en serio por
el desarrollo científico

Hay que entender que sin la Universidad de Stanford no habría habido Silicon Valley, sin Harvard y MIT en Boston, no habría habido la "route 128", y sin la Universidad de Cambridge (Inglaterra) no se hubiera producido la concentración en inversión tecnológica a su alrededor. La inversión en tecnología no se produce por encanto y en el vacío, sino que necesita un entorno

científico de primera línea. El capital humano acumulado en las dos últimas décadas rendirá su potencial, que es mucho, si se apuesta en serio, es decir, con recursos y una organización apropiada, por el desarrollo científico. Para ello hay que estar dispuesto, como mínimo, a gastar tanta energía en este empeño como en la consolidación de los símbolos de identidad. Ello significaría una reordenación de las prioridades y, probablemente, el planteamiento de batallas más difíciles dado que estaríamos apuntando a los mecanismos de distribución del poder económico en el mundo de hoy.

El peligro de centrar el debate en los símbolos es que, una vez conseguidos, nos quedemos satisfechos con una apariencia y más tarde descubramos que otras regiones en Europa se han llevado el gato al agua.●